

NATALIE Z. DAVIS: UNA APRECIACIÓN PERSONAL  
(1928-2023),

*In Memoriam*



James Amelang<sup>1</sup>

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfv.37.2024.42452>

Comienzo esta breve nota pidiendo la indulgencia del lector o de la lectora por haberla escrito en primera persona. Lo que sigue no es una típica necrología académica. En realidad, ni siquiera es una necrología de Natalie Davis, y mucho menos un intento de resumir sus numerosas publicaciones, sino una recolección personal de mi contacto durante varias décadas con quien fuera tal vez la persona más extraordinaria que he conocido. Natalie —y así aparecerá en el resto de esta breve nota, porque era el nombre que ella prefería y que todo el mundo usaba— se distinguía en muchos aspectos, no sólo en lo intelectual y académico sino también en lo personal y político. Sus actividades y activismos tuvieron lugar en muchos planos, tanto dentro como fuera del mundo académico. En todos estos contextos ella perseguía un conjunto fundamental de elecciones y desafíos. Estos incluían:

*Su originalidad.* Natalie escribió *à rebours*, es decir, evitando a propósito los caminos y las explicaciones más fáciles. No se trataba de una rebeldía facilona, ni

---

1. Universidad Autónoma de Madrid; [james.amelang@uam.es](mailto:james.amelang@uam.es)

mucho menos una desvinculación de las tradiciones historiográficas, por las cuales mostraba un profundo respeto fruto de una familiaridad igual de profunda. Desde los inicios de su formación vio su meta como historiadora como un esfuerzo de avanzar nuestra disciplina planteando nuevas preguntas y encontrando nuevas respuestas. El camino específico que ella eligió era el entonces emergente y ahora muy frecuentado de preferir la historia social por encima de la tradicional historia política, además de poner énfasis en las clases medias y bajas en vez de las élites y de redirigir la atención hacia las mujeres y los miembros de otras categorías sociales que había recibido poquísima atención en los obras históricas convencionales.

*Sus preferencias.* Esto puede ser un asunto muy revelador, aunque no todos los historiadores lo reconocen como una virtud universal; incluso hay colegas que admiran y justifican a nazis, dictadores, explotadores *et alii*. Pero desde hace mucho la existencia de preferencias que derivan menos de simpatías y más de empatías se ha visto como algo que mejora la calidad de los estudios históricos. Natalie ha convertido la empatía en uno de los pilares de su aproximación al pasado. A lo largo de su docencia y sus estudios los lectores le encuentran sopesando a los sujetos de sus investigaciones no sólo como actores históricos sino también como individuos singulares y complejos. La metáfora tradicional del historiador o historiadora como alguien que se pone en el lugar de las personas que estudia es particularmente apta en el caso de Natalie. Ella es una de los relativamente pocos historiadores que han logrado «resucitar» —otra metáfora antigua pero muy apta— a las personas del pasado que aparecen en sus estudios.

*Su estilo.* Aún las lecturas críticas de las obras de Natalie —y algunas las hay— reconocen sus llamativas habilidades como escritora y conferenciante. Su indiscutible éxito como comunicadora se debía mucho a su carisma y su exuberancia arrolladora, pero se nutría también de otros de sus recursos personales. Estos eran numerosos, pero yo señalaría en particular a su originalidad y su claridad, además de su carisma personal y extraordinaria energía. Esta vitalidad intelectual y personal le sustentó hasta el final de su vida, y se reflejó en muchas formas. (Mi anécdota preferida en este respecto es el hecho de que aprendió leer la lengua rumana después de cumplir noventa años...).

Acabo esta breve apreciación con una referencia final al extraordinario impacto personal que tuvo Natalie sobre otras personas. Incluso creaba una impresión positiva en historiadores que mostraban pocas simpatías hacia el tipo de historia que practicaba y enseñaba gracias a su vivacidad e inteligencia, la profundidad de sus conocimientos, su calor personal y su realmente singular energía intelectual. Una ciudadana del mundo, trabajadora en el viñedo, intérprete de enigmas eruditos —Natalie brillaba en todos estos cometidos, como puede dar fe cualquier persona que tuviera la buena fortuna de leer, escuchar y conocerla.